

la fotografía, tan adelantada como está, estampa también sus negativas sobre piedra y sobre acero.

Es tiempo, pues, de decir que la señora de la casa era la hija de Pancho, el militar mendicante; que se hacía llamar Julia, sin que acertemos á decir si ése era su verdadero nombre, y que había venido á parar á manos del General en el torrente de esa filosofía mujeril de que hemos hablado, á la sombra de la paz de la República y al calor de la Tesorería general.



CAPÍTULO VI.

JULIA era lo que se llama una belleza á la moda. Tenía la estatura mediana de la raza meridional y sus movimientos estaban impregnados de esa pereza voluptuosa propia de la mujer que vive sólo para agradar. Desde que había roto con las consideraciones sociales, se había entregado de lleno al culto de sí misma. No importa averiguar en qué dramas había jugado el papel de protagonista; pero estos dramas la habían dejado, apesar suyo, cierta sombra de tristeza concentrada y profunda, sobre la que pasaban los fulgores de sus risas, como la luz de los relámpagos sobre los pantanos infectos.

Del fondo de esa tristeza salían sus fantasías más extravagantes. Una noche, la noche del 15 de Diciembre, esperaba al General á la hora de costumbre.

—Qué quieres? le preguntó éste, apenas Julia iba á articular un deseo.

—Posadas, contestó secamente.

—Posadas ¿y vamos nosotros á rezar á los Santos peregrinos?

—Por qué nó?; y á cantar la letanía. Tengo ganas de oírte cantar.

—Lo has pensado bien?

—Vaya!

—Posadas entre dos?

—Te haces el niño. Te figuras que me voy á conformar con solo tú.

—Cómo!

—Tendremos, por supuesto, una concurrencia competente.

El General no pudo contener un gesto de desagrado.

—Ya te comprendo, General. No te hace gracia la concurrencia; pero pierde cuidado, que no he de convidar ni á tu mujer ni á

tus hijas: son muy estiradas. No me gustan á mí esas gentes.

—Pues á quiénes? preguntó el General, mordiéndose los labios.

—Lo vas á ver. En primer lugar á Lupe y á Otilia ¡pobres muchachas! están alborotadísimas.

—Bueno.

—Bueno, eh? con que bueno. Ya verás como no tengo mala elección, sobre todo, respecto á Lupe.

Y esta frase fué acompañada de un gesto de odio que se confundió en el acto con una linda sonrisa.

El General bajó los ojos adivinando el gesto, y los levantó para recoger la sonrisa. El General era estratégico y sabía en qué circunstancias practicaba su táctica sublime.

—Enseguida, balbució Julia, enseguida... las dos muchachas de allá enfrente.

—Vendrán?

—A posadas, por qué no?

—Y de hombres?

—Crees que no hay hombres?

—Sí, pero....

—Sí pero... repitió Julia remedándolo. Sabes que estás muy fastidioso esta noche? y mira, en resumidas cuentas, hemos de hacer posadas, y has de cantar conmigo la letanía, y te he de dar tu vela, y hemos de romper la piñata, y hemos de hacer todo lo que me diere la gana ¿lo entiendes?

—Está bien, Julia, se hará todo lo que tú quieras. En cuanto á mí, prefiero nuestra soledad.

—Ya lo creo, egoísta, nuestra soledad! Yo estoy aburrida con eso. Tus visitas se van haciendo monotonas, y necesitamos cambiar de táctica, señor General.

Julia se levantó para ir á consultar su peinado ante un espejo. Ella sabía en qué circunstancias era conveniente que el General la viese de pié. Al levantarse hizo lo que esas flores que reposan un largo rato y son después movidas por una ráfaga de brisa: impregnó el ambiente de perfumes. Estos perfumes, entraron por las narices del Ge-

neral, y fueron á escribir el V.º B.º de las posadas en su cerebro.

No ha entrado en nuestro plan describir esas posadas, y sólo sí la Noche Buena, que es el asunto de esta crónica.

Julia ha nombrado á *las muchachas de allá enfrente*, y como van á formar parte de la concurrencia, las daremos á conocer á nuestros lectores.

La casa aquélla tenía cuatro viviendas: frente á la de Julia vivía una señora, madre de dos pollas y otros cinco muchachos: siete vástagos de un empleado en hacienda, avejentado prematuramente por falta de poda y sobra de fruto, como muchos árboles. Este matrimonio estaba hacía quince años resolviendo el problema social más insoluble del pauperismo; crecía y se multiplicaba sin crecer ni multiplicarse las rentas. El divisor del pan en la luna de miel se multiplicaba cada trescientos sesenta días con mengua progresiva de la nutrición, del calor y de la vitalidad de la familia, que iba perdiendo savia en la proporción en que los

frutos se alejaban del tronco, de manera que Juvencia, la mayor de las hijas, era la más robusta y la más inteligente; le seguía Lola, clorótica, después Pedrito, con muletas, en seguida Juan, hecho una espina, luego Enriqueta, sorda desde el tifo, y tres niños encenques, de los que el último estaba hético.

Juvencia y Lola, apesar de la miseria de su casa, estaban presentables en ocasiones solemnes como la de las posadas en casa del General. La mamá de estas niñas no había vuelto á ver la suya desde que se casó. Modelo de abnegación y sufrimiento, había renunciado al mundo por completo sin esfuerzo y sin alarde. Era una de esas santas esposas que abundan tanto en México, y sólo en México, para quienes el matrimonio es un ataúd abierto del que no sale ya sino el alma en el último día.

Se había opuesto mucho á que sus hijas fueran á las posadas del General, pero su marido era poco escrupuloso en esta materia, porque según él decía había visto mucho.

—Nosotros, decía hablando con su mu-

jer, no tenemos obligación de pedir á las gentes su partida de casamiento. Aquí pasa Julia por mujer del General, y como tál debemos tratarla.

—Permíteme, replicaba su mujer envuelta en un tápalo negro, permíteme que te diga que no hay en la casa quien ignore lo que pasa. Bonitas las vecinas para no desmenuzar esa clase de asuntos.

—Bueno, supongamos que así sea: el General me ha invitado personalmente, y ya sabes que yo necesito estar bien con el General: es muy amigo de Fuentes Muñiz, y ya comprendes que yo no había de aventurar mi posición por un escrúpulo de conciencia. Además, la concurrencia de estas noches ha sido selecta: han estado allí dos diputados con sus señoras.

—Con quién?

—Con sus señoras.

—Enhorabuena; tú dices que no tenemos obligación de pedir á las gentes su partida de casamiento.

—Ya se vé que no. Y por otra parte, yo

no he visto ningún desorden, la concurrencia se ha portado decentemente, y Julia, si la vieras, ha hecho los honores como una marquesa.

—Qué gusto que no la he de ver!

--Sí, ya sé que le tienes mala voluntad.

—No, lo que tengo es estar indignada contra una sociedad que tiene tan en poco las leyes del decoro.

—Cáspita! que elocuente estás! Mira, tengamos la fiesta en paz y no hablemos más sobre el asunto; porque lo que son mis hijas han de ir al baile ¿qué puede sucederles si van conmigo? Las niñas estarán siempre bien en todas partes al lado de su padre.



CAPÍTULO VII.

JULIA se iba saliendo con la suya. El baile de la Noche Buena estaría concurrido y vendrían á rendirla homenaje los amigos del General y otras personas. Con esto experimentaba Julia una satisfacción íntima, que la reconciliaba con el sinnúmero de humillaciones que había sufrido en su vida.

Una de las mejores modistas de México acababa de enviarle el traje para el baile. Era un vestido color de rosa pálido con encajes y flores, que, decididamente, iba á estar en perfecto contraste con los de Lupe y Otilia, y muy especialmente con los de las *muchachas de allá enfrente*.

Los dos diputados que habían llevado á sus señoras no habían sido de los concurrentes más asiduos á las posadas; porque tanto á ellos como á ellas les había parecido Julia muy orgullosa. Pero uno de los diputados había tenido ocasión dos noches antes de convencerse de que Julia no era precisamente orgullosa.

Esta clase de descubrimientos, hechos por los diputados, suelen ser un tanto cuanto trascendentales, al grado que la fortuna del general comenzaba á ser motivo de envidia.

Al General le había sucedido una cosa, que solo el sabía. Cuando conoció á Julia desempolvó de entre sus trofeos las rosas de su primera juventud, y se sintió vigoroso y en su pleno derecho para agregar á su vida un episodio de amor. Se entregó de lleno á aquella aventura galante y le pareció la cosa más natural del mundo el permitirse ese pasatiempo. No hacía un año que tenía á Julia y ya había probado mil veces los inconvenientes de su conducta.

Su mujer y sus hijas se iban convirtiendo en un severo é interminable reproche, que no podía olvidar, procuraba realzar los defectos de su mujer para buscar en ellos una justificación, y so pretexto de negocios aportaba por su casa lo menos posible. Ya había hecho tres viajes á León en el nuevo ferrocarril y dos á Cuautla, según su mujer y sus hijos, y tenía pendientes otros viajes imaginarios á otras partes.

Mientras fué un marido fiel, no fué celoso y vivía tranquilo; pero ahora se había vuelto un Otelo. Los diputados y algunos otros amigos á quienes se había permitido llevar á la casa de Julia trataban á ésta con cierto *sans façon* que le hacía hervir la sangre. Estos amigos se permitían hablar muy libremente delante de Julia y la miraban de un modo inconveniente.

Ante semejantes familiaridades, el General pensaba en todo lo que le costaba aquel capricho y se resistía á confesarse á sí mismo que no era feliz. Echaba de menos la tranquilidad que muchas veces le pareció

monotona. Había llegado al extremo de que sus visitas á Julia eran más por cuidarla que por verla. En suma, el General estaba haciendo una de esas calaveradas para las que se necesita el aturdimiento de los jóvenes y él, á su pesar, ya no podía aturdirse; la verdad se le revelaba desnuda y no obstante sostenía la situación por amor propio.

En cuanto á Julia, nunca le había profesado cariño; la había sacado de una situación embarazosa y casi terrible y se había acogido á aquel salvador provisional que pagaba la casa y la modista. Además, el General era feo y celoso; Julia no pensaba más que en buscar una oportunidad para desprenderse de aquel compromiso.

El diputado y Julia estaban á punto de coincidir en ideas á este respecto, pero las ideas de esta clase no se definen sin *champagne*. D. Quintín Gutiérrez había enviado dos cajas para la Noche Buena.



CAPÍTULO VIII.

EN Noche Buena se hace indispensable visitar la casa por la cocina porque allí está la acentuación de la fiesta, que, como en todas las de la cristiandad, se empieza por comer doble. Todas las operaciones preliminares de la cocina estaban desempeñadas por expertas manos. Sentados en un mismo cajón estaban una de las más marisabidillas maritornes de la casa y Anselmo, el hombre de las piñatas.

La maritornes era la que limpiaba rome-ritos, y Anselmo la ayudaba. Esta ocupación monotona les permitía conversar, y á nosotros escucharlos.